

LA CONVERSIÓN DE FRANCIS JAMES



"No me he acercado al Señor con flores de alegría en las manos ni con cantos dulces como la miel en los labios. Mi caso fue el de un niño sombrío, que siente vértigo, pierde el equilibrio y súbitamente ve la rama que sale de la orilla y se agarra a ella. Había traspasado los límites que han sido puestos al hombre. Una fría tristeza me invadió y una especie de muerte pesaba sobre mí.

Paul Claudel, amigo y escritor como yo, había comenzado, a pesar de encontrarnos separados por océanos, a informarme sobre la religión católica a la que se había convertido. Un domingo me levanté para ir a la catedral de Burdeos a llorar en misa. Pero en lo profundo de mí comenzó a surgir una alegría. ¿Era posible que el hombre se sintiera inundado de semejante dicha? Por primera vez notaba yo, pagano como era -¿cómo he de decirlo?-, el movimiento que Dios realizaba en el destierro de mi abismo.

Terribles remordimientos de conciencia me asaltaron; tan grandes, que llegué a dudar de que me fueran posibles la confesión y la comunión. Pero un día llegué a esta conclusión: «Es imposible que Dios impida unirse con él a un hombre que lo busca ardientemente.»

Estoy viendo aún el modesto aposento en que el padre Michel oyó mi confesión y me dio la comunión, el 7 de julio de 1905. Claudel ayudó la misa; su rostro iluminado se inclinaba sobre los sagrados vasos.

Vosotros sabéis que me he fortalecido. Vosotros sabéis que he seguido trabajando sin confusión en mi obra, cuando tanta debilidad gritaba sobre mi humillación. Vosotros sabéis que el Salvador, el de las bodas de Caná, me ha bendecido; que alcé mi tienda, que abrí una casa, que he puesto mi morada a la sombra de Dios, con cuatro hijos, el último de los cuales se llama Pablo."

«Yo soy el que otorga al hombre la sabiduría y el que ilumina la inteligencia de los menores, mejor que cualquier hombre pudiera hacerlo con su doctrina...» «Yo soy el que en un momento eleva al alma del humilde a tal altura que penetra en la verdad eterna más profundamente que si hubiera estudiado diez años en las escuelas. Enseño sin ruido de palabras y sin confusión de ideas, sin ostentación, sin argumentaciones ni disputas...» («Imitación de Cristo», III, 43, 2, 3.)

PACIENCIA Y HUMOR

Doy el ejemplo de una divertida experiencia que se refiere a mí mismo. En una casa vecina tenía lugar una ruidosa fiesta hasta hora avanzada de la noche que no me permitía dormir. En mi fastidio yo podía haber cedido a ideas de irritación y enojo ante la poca consideración de los vecinos, pero con estos irritados pensamientos y sentimientos yo no sería capaz de dormirme. O bien podría haber tomado una actitud más magnánima deseando sinceramente que los vecinos disfrutasen de su fiesta, y tal vez por tener estos amables deseos yo consiguiese poder dormir algo. Hice esto último y quedé dormido en medio del jolgorio. La aceptación sincera de la molestia, abrazarse a ella, la debilita.

Pero las ruidosas fiestas se sucedían con bastante frecuencia. Y se me ocurrió grabar en cinta magnetofónica todos los ruidos y estruendos. Y a la noche siguiente la hice sonar para beneficio del vecino causante de la molestia, precisamente a la misma hora de la noche y tan prolongadamente y fuerte como había sonado el día anterior. El vecino salió enfadado y vio que se trataba de una grabadora. Le expliqué lo que ocurría rogando su comprensión ya que no pretendía entablar disputas ni guerras: "Tu esto, pues yo más". Sólo deseaba que experimentara lo mismo que yo. El joven hombre sonrió y comprendió. Y desde entonces pude dormir tranquilo. "No quieras para los demás lo que no deseas para ti".

EL HIJO DE LOS ESCLAVOS

Benito Massarari fue hijo de padres africanos esclavos, seguramente no negros sino nubios. Nació en Sicilia en 1526. Los desprecios que de muchacho recibía por ser de color oscuro y su condición de esclavo no crearon en él una actitud de odio y resentimiento porque el joven lo ofrecía todo a Dios con gran espíritu de piedad. A los 18 años sus amos lo liberaron y fue invitado por fray Lorenzo Lanza, que dirigía un eremitorio franciscano, a unirse a él, cosa que el joven hizo.

Con el tiempo, los ermitaños hacen a Benito su superior. Pero en 1562 una orden papal manda a los ermitaños abandonar su tipo de vida e integrarse en la Orden Franciscana. El santo obedece y se integra en el convento de Santa María de Jesús de Palermo, de frailes observantes. Destinado a la cocina, crece en la humildad y la vida interior. Inesperadamente los frailes lo eligen superior y él se esfuerza en que por encima de todo se observe fielmente la santa regla. Cumplido su encargo vuelve a la cocina, que simultaneará un tiempo con el cargo de maestro de novicios. Crece su fama de santidad y acuden a él numerosas personas, algunas de la más alta categoría social. Muere en 1589.

ELIGIÓ UNA CARRERA MEJOR

Benito (Ángel) Menni nació en Milán el 11-3-1841. Recibe una buena educación en el seno de su familia. Ya en la adolescencia, trabaja en un banco, pero siente una vocación de misericordia y, por ello, con 19 años, ingresa en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, cambiando su nombre de Ángel por el de Benito. Estudia enfermería y recibe de la orden la misión de prepararse para el sacerdocio, que él acepta, realizando con gran seriedad los estudios pertinentes. Sus buenas cualidades llevaron al prior general de la orden, el P Juan María Alfieri, a encomendarle, con la bendición del papa Pío IX, la gran tarea de restaurar la orden en España, su cuna, destruida por los avatares de la revolución.

Recibido el sacerdocio, en 1867 viaja a España y empieza por abrir en Barcelona una casa para niños enfermos, y a partir de ahí, los más necesitados de la sociedad, como los enfermos, los locos, los soldados heridos en la guerra... serán el objeto de su atención, logrando suscitar numerosas vocaciones y crear una cadena de casas de la orden, sorteando muchas dificultades, entre ellas la expulsión de España de que fue objeto en 1873 y un intento de asesinato en aguas de Tánger.

Desde 1872 fue general de la orden en España. Su acción restauradora se extendería también a Portugal y México, países en los que logró ver florecer de nuevo su comunidad hospitalaria. En 1881 funda en Ciempozuelos la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús junto con María Josefa Recio y María Angustias. La Congregación está dedicada a los mismos fines que la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios y sería aprobada por la Santa Sede en 1901. Retirado a Dinan, pasó sus últimos años en el silencio, la humildad e intensa oración. Allí murió el 24-4-1914. Canonizado el 21-11-1999.

A LAS PUERTAS DE LA CIUDAD

Hace mucho tiempo, en un lugar muy lejano, una anciana solía sentarse a las puertas de su ciudad. Desde ahí observaba a paseantes y viajeros, y en ocasiones aprovechaba la ocasión para charlar con ellos.

Una tarde, cuando el sol ya había desaparecido en el horizonte, un viajero se detuvo delante de las puertas de la ciudad. Estaba cansado, pues llevaba todo el día caminando.

-Perdone, señora -le dijo a la anciana-, ¿podría decirme dónde puedo encontrar un sitio para pasar la noche? ¿Podría decirme, también, cómo es la gente de esta ciudad? La mujer, sonriente, le contestó:

-Usted ha recorrido un largo camino hasta llegar aquí, ¿no es así? Se le ve muy cansado. ¿Podría decirme de dónde viene? Un tanto sorprendido por su pregunta, el viajero le dijo el nombre de su pueblo natal:

-Mychester.

-Así que Mychester... -dijo la mujer, mostrando gran interés.

-¿Y podría decirme cómo es la gente de Mychester?

-Pues no puede usted ni hacerse idea de lo desagradables que son todos en mi pueblo -respondió el viajero-. Por no preocuparse no se preocupan ni de sí mismos. Les da igual hasta tener hambre o sed. Y no dedican ni un segundo a hablar con los demás. Si estás perdido y les pides ayuda, se dan media vuelta o bien te indican el camino equivocado. Vamos, que son infinitamente maleducados y antipáticos.

-Madre mía... -dijo la mujer-. Pues entonces me temo que he de darle malas noticias. Los habitantes de esta ciudad son muy semejantes a los que usted describe. La verdad es que no creo que le gustaran.

-Vaya por Dios -afirmó el viajero, incapaz de disimular su decepción-, pues entonces seguiré caminando hasta encontrar un lugar más acogedor.

Al rato, un nuevo viajero llegó hasta las puertas de la ciudad. Vio a la anciana, que seguía sentada en el mismo sitio, le sonrió y se acercó a ella.

-Perdone, señora -le dijo-, ¿podría decirme dónde puedo encontrar un sitio para pasar la noche? ¿Podría decirme, también, cómo es la gente de esta ciudad?

La anciana le correspondió con una sonrisa y, como al hombre anterior, le respondió:

-Usted ha recorrido un largo camino hasta llegar aquí, ¿no es así? Se le ve muy cansado. ¿Podría decirme de dónde viene? -Pues mire, vengo de Mychester -contestó el hombre. -¿Y cómo es la gente de Mychester? -preguntó de nuevo la anciana.

-¿Los de mi pueblo? Pues mire, son gente buena y generosa, siempre dispuesta a ayudar al prójimo. A mí me merecen mucho respeto -respondió el hombre.

-Pues entonces creo que le gustará esta ciudad -afirmó la anciana-. Encontrará a gente tan amable y generosa como la que usted describe, gente que le acogerá con los brazos abiertos.

Si cambias tu forma de mirar todo te parecerá diferente.



LA PROPIA HONRA: DERECHO SAGRADO

Todo hombre tiene derecho a que se le reconozca y respete su honor y su fama, pues el buen nombre es preferible a las grandes riquezas. Es frecuente la defensa que hace la Sagrada Escritura de la buena fama y la condena de toda difamación. La honra es un gran bien. Por eso debemos cuidarla y defenderla. Es además muy útil para los demás, especialmente para aquellos que de alguna manera dependen de nosotros.

También para nuestro prójimo la honra es más preciosa que la riqueza. Por esto debemos respetarla aún más que sus bienes. Debemos pensar y hablar bien del prójimo y mostrarle la consideración que merece. Si su honra es injustamente atacada por otros, debemos salir en su defensa con valentía